

NOTA SOBRE ORGANIZACIÓN Y POLÍTICA

“NOTAS NEGATIVAS”

Editorial Venezuela 83/ Año 1971

1.- En los últimos diez-quince años la sociedad venezolana se ha transformado en una medida tan completa e irreversible, que solo un escrúpulo cientificista impide calificar de radical.

En un período tan corto como el señalado, Venezuela se ha convertido de país rural en urbano, de campesino en industrial, de “atrasado” en “moderno”. Para adelantarnos a una discusión rigurosa de estas categorías digamos que, en nuestra opinión, Venezuela ha llegado a ser todo lo urbano, industrial y moderno que podía ser en condiciones de dependencia.

Esta afirmación acerca de la transformación del país tiene, por lo menos, un sentido político preciso: si ella es cierta, se hacía y se hace necesario, entonces, reelaborar todo con ella, toda la crítica social revolucionaria.

2.- El motor de esta transformación ha sido un determinado proceso de crecimiento económico. Los rasgos y características de este proceso han sido, en general, descritos por los economistas, y sus afirmaciones al respecto constituyen a estas alturas punto menos que un lugar común.

Con relación a esto, lo que nos interesa destacar es que:

- a) A una política revolucionaria no le resulta posible hoy, ni tampoco le es necesario o conveniente negar la realidad de tal proceso.
- b) Este crecimiento económico ha arrojado y está arrojando considerables beneficios y, a la vez, ha exigido y está exigiendo un elevado costo. Pero, como se ha operado a través y en medio de determinadas relaciones sociales, es un hecho que los cuantiosos beneficios del mismo han ido a parar, están concentrados y están siendo manejados por unas pocas manos venezolanas y extranjeras. Y es un hecho también que el elevado costo social del mismo ha sido pagado y está siendo pagado por la inmensa mayoría de los habitantes de este país. En este sentido, sobre ejemplos de cómo Venezuela se ha hecho en pocos años un país más rico y más miserable, de cómo un proceso cuyo brillo nos restriegan a diario en las narices convive y depende de otro proceso lóbrego y dramático.

Lo cierto es que una Venezuela satisfecha y brillante, ahíta y ostentosa, formada por el alto mundo de los negocios, por los socios criollos del capital extranjero y por la alta burocracia estatal, ha visto multiplicados en los últimos tres lustros sus goces, fortunas y oportunidades al mismo tiempo que —y precisamente porque—

otra Venezuela descontenta y oscura, explotada y arruinada, necesitada y precaria, formada por los obreros de la ciudad y el campo, por campesinos y “marginales”, por pequeños empresarios y “profesionales”, ha visto multiplicados en los últimos tres lustros sus necesidades, problemas y dificultades¹.

En fin, la transformación social y el proceso de crecimiento económico que la ha hecho posible, ha aumentado las tensiones sociales, ha potenciado y robustecido el enfrentamiento tradicional de intereses entre el pueblo venezolano y las minorías privilegiadas.

Esta transformación, además, se ha vivido en un lapso relativamente tan corto, que sus efectos no han podido menos que ganar en intensidad y ha aumentado extraordinariamente la carga de explosividad latente que la sociedad venezolana había venido, desde antes, acumulando.

3.- Sin embargo, no baste el reconocimiento de este proceso para explicar la intensidad de las contradicciones actuales, el grado de descomposición de la sociedad venezolana, las grandes posibilidades del movimiento popular y la magnitud de los problemas a resolver.

4.- En efecto, el ahondamiento brutal del abismo que siempre separó a los privilegiados de la mayoría venezolana multiplicó su fuerza explosiva por las especiales condiciones políticas que rodearon la mayoría de los últimos años.

Es un hecho que las fuerzas políticas organizadas, comprometidas con los más profundos intereses populares, se plantearon la lucha por el poder como una tarea práctica inmediata e intentaron resolver ésta utilizando todas las formas de lucha, incluyendo las más altas y exigentes: numerosos años del último decenio se convirtieron en lo que la jerga política de izquierda conoce ahora como el período de la lucha armada².

5.- La lucha armada es una forma de lucha política particularmente dura y exigente. En su ejercicio, parte fundamental de los cuadros, de la capacidad política disponible, de los recursos organizativos y

¹ Es bastante fácil descubrir la realidad social que condiciona los progresos y también cómo resulta agravada por ellos. Todo esto referido a progresos reales y ciertamente defendibles por los amigos de la Venezuela tal y como está. Sin embargo, el uso de los recursos no se caracteriza precisamente por ellos. Al contrario, el lujo desenfrenado, la ostentación del mismo y la irracionalidad más escandalosa, incluso en la lógica del capitalismo dependiente, es lo dominante. A tal punto es así que el Dr. Pérez Alfonzo propone una reducción de la riqueza disponible como remedio heroico para reducir las posibilidades del gasto inconsciente y antinacional. El inconveniente de esta disciplina exterior, aplicada a los privilegiados de la democracia representativa, es que ellos al mismo tiempo que pródigos son tutores de sí mismos. De esta manera, conservando el mismo cuadro de poder, la reducción del ingreso significaría ciertamente una disminución del lujo y de la estulticia pero, en el mejor de los casos, ello solo será una disminución proporcional.

² En esta nota solo nos interesa llamar la atención sobre una determinada relación de la lucha armada con la situación social actual. Una cierta ampliación de este tema, así como consideraciones sobre otros aspectos del mismo asunto, pueden encontrarse en las notas siguientes.

materiales, de las relaciones con el movimiento popular, tienen que subordinarse, de grado o por fuerza, a sus grandes exigencias. La calidad de la dirección política puede tratar de administrar esta situación y aun mantener ciertas proporciones, pero no puede evitarla.

Durante los años de la lucha armada, las organizaciones que participaron en ella redujeron sustancialmente su contribución —a menudo fundamental— a las luchas populares defensivas, reformistas³.

La participación de los activistas de izquierda en las luchas sindicales, campesinas, estudiantiles y profomentistas —de las llamadas “específicas”— se vio drásticamente reducida. Ahora bien, una reducción de esta clase que, en cualquier momento, rebaja la capacidad de defensa y negociación del pueblo, ocurrió precisamente en los años en que el crecimiento económico castigaba más duramente sus espaldas. De esta manera, precisamente los años del relativo crecimiento industrial con la extensión y agravación consiguiente, de la explotación capitalista, fueron los años de la más pobre actividad sindical. Precisamente, los años claves de la descomposición del campesinado y de la irrupción del capitalismo en el campo fueron los años más grises en la actividad de las ligas campesinas y, en general, de la actividad defensiva de los campesinos. Precisamente los años del crecimiento acelerado de las ciudades, los años en que se multiplicaron los ranchos y los barrios “a juro”, los años en que el marginalismo alcanzó dimensiones sociales y comenzó a conquistar la notoriedad de la que goza hoy entre los sociólogos y los partidos políticos, transcurrieron sin juntas promeoras, sin el habitual trabajo profomentista en el que tan entrenados estaban los militantes urbanos de izquierda. Precisamente los años del aumento brusco de la población estudiantil, y de la agravación consiguiente de las condiciones de estudio y de los llamados problemas académicos, fueron los años de la reducción de la capacidad y de las posibilidades de los centros y organizaciones de estudiantes.

Nada de lo dicho es, desde luego, una añoranza. La cuasi-desaparición durante varios años de la actividad defensiva, significó un duro y esperamos que mortal golpe para las concepciones reformistas en el trabajo político de los revolucionarios. La ruptura de la tradición reformista en la actividad de los cuadros populares representa una ventaja enorme para las nuevas generaciones.

De lo que se trata simplemente es de constatar que la baja capacidad defensiva del movimiento popular⁴, haciéndose sentir justamente en los años en que era más necesaria, no pudo menos que aumentar las tensiones, cohibir sus escapes y multiplicar la explosividad del cuadro general.

³ La palabra reformista está aquí usada en sus dos acepciones. Tanto en la que permite entenderla literalmente como actividad de lucha por reformas, como en la que permite usarla, con toda justicia, para calificar una casi permanentemente desviación del movimiento revolucionario venezolano.

⁴ Una alta capacidad en este sentido no hubiera impedido los procesos sociales y económicos señalados, pero sí habría amortiguado y disminuido sus efectos más dolorosos.

6.- Hay más. Las luchas revolucionarias generaron “una contrarrevolución cerrada y potente”. En el país se creó un cuadro represivo, militar y policial, brutal e indiscriminado. Es necesario destacar esto porque, en general, podría objetarse que el hecho de que los revolucionarios hubieran reducido su participación en las luchas defensas populares no tenía por qué inhibir demasiado estas. Después de todo, no son los militantes políticos de izquierda los inventores de la actividad gremial, de la lucha obrera y campesina, de los movimientos estudiantiles y barriales, etc. Es más, la actividad popular defensiva siempre precedió a la organización política de los revolucionarios. Pero el cuadro represivo de esos años actuó de tal manera, que las posibilidades de una acción popular autónoma, espontánea y no comprometida políticamente, resultaron claramente disminuidas. En una situación como la de esos años, donde si tres personas se reunían eran disueltas a planazos, y si treinta, lo eran a plomo; donde cualquier grupo de vecinos que exigiera del Concejo Municipal servicios mínimos era considerado un foco guerrillero en potencia y tratado como tal; donde si cualquier grupo de estudiantes intentaba mantener un centro estudiantil vivo y combativo era considerado parte de un arreglo conspirativo y tratado como tal, en una situación así, las posibilidades de la acción popular defensiva al margen de la actividad de los revolucionarios en ese sentido eran sumamente estrechas.

7.- En resumen, durante años Venezuela sobrecargó sus tensiones. Esta sobrecarga, que tiene sus explicaciones últimas en procesos económicos y sociales, resultó potenciada porque se efectuó en un marco político que impidió su liberación parcial.

Al término de los años sesenta, Venezuela, cargada de presión y con las espigas obstruidas, presenta un cuadro general explosivo y esperanzador.

8.- Lo dicho no tiene nada de truculento y, por el contrario, bien pronto se hicieron evidentes las grandes posibilidades que se ofrecían a los interesados en una reconstrucción de las bases de la sociedad venezolana.

Para 1967 coincidieron diversos procesos políticos. Por un lado, fuerzas importantes habían reconsiderado su participación en la actividad armada y, con el nombre de “repliegue”, tenían algún tiempo planteando una política de estímulo exclusivo a las actividades de masas no armadas, preferentemente legales. A poco significar, esto suponía una revaloración de las luchas llamadas “específicas”. Por otro lado, el languidecimiento de las luchas armadas y la búsqueda ostensible de legalidad (campaña proamnistía, línea electoral, etc.) restaron oxígeno a las acciones represivas, redujeron sus posibilidades y las forzaron a una cierta sofisticación. Finalmente, la campaña electoral que comenzaba imponía sus peculiares exigencias de una cierta libertad de movilización y agitación política. En síntesis, alrededor de 1967 el cuadro político se ablandó considerablemente y las tensiones acumuladas no podían menos que

comenzar, abruptamente, a expresarse. Latentes y potenciales, los hasta entonces contenidos problemas inician su desarrollo vigoroso.

9.- En efecto, a pocas semanas de iniciado el clima electoral y usando como pretexto un reducido problema laboral que apenas afectaba a decenas de trabajadores del Aseo Urbano, el pueblo de Maracaibo realiza inusitados y masivos combates. Lo novedoso de los mismos, además del hasta entonces apacible escenario, es la falta de paternidad conocida, lo impreciso de sus objetivos y la ausencia de dirección orgánica. Los acontecimientos de Maracaibo fueron el comienzo de los movimientos espontáneos e inesperados que, desde entonces, se han vuelto sistemáticos.

Después, revueltas populares contra Cadafe, en Río Caribe. Acciones masivas y tomas de las llaves de agua en la urbanización 23 de Enero de Caracas. Pobladas por la repavimentación de las calles, en San Félix. En el curso del año, conflictos laborales a contra pelo de las direcciones sindicales y políticas, en la zona del hierro.

¿Cuántas veces, en los años inmediatamente anteriores, hubo problemas obreros en el Zulia sin trascendencia alguna? ¿Cuántas veces falló la luz eléctrica en Río Caribe o faltó el agua en el 23 de Enero, sin consecuencias que afectaran a nadie, excepción hecha de los usuarios? De manera inarmónica y fragmentaria, sin expresión política y con escasas o ningunas relaciones orgánicas, el movimiento popular comenzó en 1967 —de modo nada gradual— su rápida recuperación. Después vinieron, en acelerada cadencia, la Renovación Universitaria, los nuevos movimientos obreros, la reactivación de los barrios, el asombroso movimiento liceísta, etc., hasta llegar a la encrespada vida social de la Venezuela de hoy.

10.- Pero esta recuperación permitió que se revelara otro proceso oculto: el desgaste y la quiebra de las organizaciones políticas y de masas, incluyendo aquellas que más utilizaron la retórica sobre las condiciones objetivas y la prédica sobre la recuperación del movimiento popular, como alibi para su disminuida combatividad. Así, las huelgas obreras, tan maltrecha dejaban la paz social como en ridículo la autoridad de los dirigentes sindicales de cualquier signo; la renovación universitaria contó entre sus primeras víctimas a las organizaciones tradicionales de ese estudiantado; los barrios y los liceístas, que tanto han motivado —en direcciones opuestas, por supuesto— a los publicistas del Cendes, a los deliberantes del Congreso de Arquitectos y a los agentes de la Metropolitana, no le han concedido atención ni oxígeno a sus desfallecidas organizaciones “específicas”. De esta manera, la recuperación del movimiento popular resultó no solo inesperada sino, además, incómoda para los que se suponía más interesados en lograrla.

En síntesis, la recuperación del movimiento popular coincidió paradójicamente con la quiebra de los instrumentos dedicados a su control y conducción.

11.- Pero de todas las organizaciones, las más resentidas fueron los partidos políticos. Disminuida su influencia popular y quebrantado el control sobre sus propios afiliados, comenzó para ellos un período de crisis permanente, fracturas y envilecimiento. Incidentalmente, la crisis de los partidos políticos, a tiempo que facilitó la recuperación del movimiento popular y creó las condiciones para un remozamiento de la política, planteó problemas todavía no solucionados y entorpeció el desarrollo de algunas formas de la lucha popular. No nos referimos, desde luego, a la cuestión del nivel político de las luchas concretas y a la calidad de las consignas de validez general, es decir, a la cuestión universal de la "vanguardia". En este sentido es bastante poco lo que perdía o pierde el movimiento popular con la crisis de no importa cuál partido o de todos ellos. Nos referimos simplemente a algunas cuestiones "menores".

De hecho, los partidos habían venido funcionando como vasos comunicantes de las diversas luchas populares. Podían enlazar y en efecto enlazaban, los distintos conflictos locales y los proveían de una cierta resonancia nacional. Con el entramamiento de los partidos, con la disminución brusca de su audiencia, de su capacidad de movilización y de su fuerza real, esta función que mal que bien, realizaban disminuyó hasta casi desaparecer. Con ello, cuestiones como la solidaridad, la síntesis y la uniformación de las experiencias y la potenciación de las luchas locales quedaron sin solución o con una muy precaria y, en todo caso, absolutamente insatisfactoria.

12.- Por lo que al PCV respecta, la cosa se complicaba por el peso adicional de su política durante el año clave de 1958, por la incompetencia revelada por su dirección durante el período de la lucha armada y, sobre todo, por los mecanismos que impedían el libre examen de los problemas del partido. De estos mecanismos, uno particularmente odioso comenzó a ser sospechoso por los militantes: poco a poco se abrió paso la oscura y extendida conciencia de que la discusión si al fin se hacía, sería de tal naturaleza que no tendría consecuencias; de que en definitiva, solo serviría para el desahogo, como catarsis; de que la composición del equipo de dirección y una suerte de eclecticismo permanente eran intangibles; de que, en fin, la democracia interna era una fábula y de que el socorrido consejo de que "hay que luchar dentro" era la ilusión que la mantenía.

En el PCV la crisis consistió en una extendida y espontánea insatisfacción de la militancia. Es decir, ella no fue el producto de la acción de ningún comando fraccional. Nada más fácil en las reuniones con los colectivos del Partido, en las distintas regiones, que descubrir, en el curso de la reunión y por las opiniones y preguntas, la existencia de una "izquierda" más o menos abiertamente enfrentada a la dirección.

13.- Por lo que a nosotros respecta, esta insatisfacción tenía, entre otros relativos a lo específicamente comunista, el sentido de cuestionar la eficacia política y la calidad revolucionaria de la organización. Pues bien, en este sentido o, mejor dicho, por lo menos en este sentido, nuestro descontento con la militancia que ejercíamos coincidía con las razones de muchos activistas políticos no comprometidos, para negarse a encuadrar en las organizaciones existentes. Por eso, el tratamiento actual de esta cuestión —aunque sea somero, aun como mera aproximación— tiene interés para el conjunto de nosotros, tanto para aquellos cuyas opiniones sobre el asunto los llevaron a dejar la militancia en las organizaciones comunistas venezolanas, como para aquellos quienes, por compartirlas, no han llegado nunca a militar en ellas. Esto nos obliga, entonces, a no abordar el asunto de la exmilitancia como historia. Un tratamiento histórico del asunto, tiene interés solo para un grupo reducido de nosotros, arriesga abrir una querrela absolutamente irrelevante y no posee significación práctica para nuestra conducta actual. Con este cuidado, tratemos de acercarnos al asunto de la eficacia política y de la calidad revolucionaria. Como intentaremos explicar, ambas cosas no están indefectiblemente ligadas y el intento de dar una por supuesta, existiendo la otra, conduce o a gestos de valor puramente ético, o a un pragmatismo permanente, a un oportunismo sin principios.

14.- Por eficacia política entendemos la capacidad de cualquier organización política para convertirse en una alternativa real de gobierno y para, eventualmente, llegar a dirigir este. Sabemos que, por ejemplo, AD y Copei (para no hablar sino de partidos. Ya sabemos que otras instituciones sociales que no pretenden ser tales y que, al contrario, rechazan expresamente esa condición, son absolutamente satisfactorias en este sentido) son partidos eficaces y tenemos, en cambio, el conocimiento de que URD no solo no ha sido eficaz, sino que sospechamos que no llegará a serlo. Pues bien, el PCV lucía a nuestros ojos, y es una evidencia que también a los ojos de la mayoría de los venezolanos, como un partido políticamente ineficaz.

Esta ineficacia no provenía de la naturaleza de sus fines últimos. A pesar de que esta es una teoría muy usada. En efecto, parece partirse de que el “comunismo” es algo que limita, estrecha, reduce la posibilidad de adquirir una verdadera dimensión social en nuestro país y que la clave está, entonces, en presentarse como “socialistas”, para de esta manera hacer más digerible el asunto. El problema, creemos, es de naturaleza distinta: cualquiera sea tu condición ideológica, ella no te va a obviar el indispensable trabajo de ofrecer una solución posible, coherente y de conjunto a los problemas del encallejonado y permanente subdesarrollo venezolano. Y más concretamente tu condición ideológica, aun ablandada deliberadamente con la fraseología socialista al uso, no te va a obviar el indispensable trabajo de ofrecer una política concreta para los problemas del presente. En esto, hasta del propio Copei nos viene una lección: fue su política del

“cambio” y no su condición socialcristiana lo que le valió su triunfo electoral. Tan es esto verdad, que en los últimos tiempos hemos visto cómo el reexamen de la mediación entre ideología y política ha provocado en Copei una discusión enconada y una diferenciación bastante neta: nos referimos al debate sobre “sociedad comunitaria”, “participación”, etc.

Incidentalmente, puede ser útil señalar otra peregrina derivación de la misma teoría: es la idea, también muy usada, de que la realidad del movimiento comunista mundial nos carga de servidumbres que obligan a pagar aquí culpas ajenas. A más de que esto oculta un eclecticismo vergonzante sobre problemas ideológicos, uno no logra conciliar el hecho de que los que más se quejan de estas realidades incómodas, no desperdician oportunidad de hacer suyos los méritos ajenos: hemos visto, por ejemplo, cómo se hacen campañas electorales estudiantiles, donde se reclama el voto en nombre del heroísmo vietnamita. De la misma manera, uno no logra conciliar el hecho, por lo demás bastante irritante, de que al mismo tiempo que se trata de convertir en un objeto de irrisión, la afección del grupo llamado “Nueva Democracia” al pensamiento de Mao Tse-tung, o la condición fidelista del grupo Rocinante, se proceda a convertir su periódico en una especie de “Pravda” en español, como lo hace el PCV, o se proceda a presentar con gran despliegue en el suyo, el visado concedido a su acta de nacimiento, por parte del Partido Comunista rumano, español, italiano, etc., como lo hace el MAS. Esta ineficacia no provenía tampoco, de su últimamente muy menguada participación en los procesos políticos reales. Más aún, esa evidencia de la ineficacia del PCV no fue siempre tal. Es un hecho que, a diferencia de la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, el PCV ha conocido períodos de agigantada importancia política. El problema consiste en que antes, durante y después de cada uno de ellos, el PCV ha permanecido siempre idéntico a sí mismo. De esta manera, ningún acontecimiento, ningún éxito, ningún fracaso, alteraba en nada su estructura, su estilo, sus dirigentes. El partido devino rígido e inmutable, su disciplina una relación grotesca, todo él un fin en sí mismo. Sin flexibilidad, sin usar incluso su propia experiencia para proceder a los inevitables ajustes, ninguna organización política puede pretender eficacia. Esto fue particularmente notable después del período de la lucha armada: la increíble ligereza con que se trató la experiencia de los últimos años se convirtió, a más de una prueba evidente de la incorregible ineficacia de nuestras organizaciones comunistas, en causa directa del marginamiento y del acendrado y negativo escepticismo de muchos valiosos militantes.

15.- Un problema de particular importancia es el relativo a la calidad revolucionaria de la organización. Por calidad revolucionaria entendemos la capacidad probable de sus miembros para participar en un esfuerzo dirigido a la transformación de la sociedad, a la creación de un nuevo sistema de relaciones humanas. Como quiera que tenemos el íntimo convencimiento de que un esfuerzo de tal naturaleza solo se puede realizar desde el gobierno, solo puede ser un propósito estatal, parecería entonces que una petición de calidad revolucionaria no puede realizarse antes sino después de resolverse, en beneficio de una organización cualquiera, el problema político. En efecto, parece no solo

inoportuno sino ingenuo (e incluso demagógico) formular tal exigencia, cuando nadie puede garantizar la calidad suya ni la ajena, antes de que esta sea puesta a prueba. Esto es verdad. Pero, si bien es cierto que no se puede afirmar *a priori* la calidad de una organización política cualquiera, sí se puede negar *a priori* la calidad de algunas de ellas. Es decir, ciertas estructuras partidistas desarrollan un espíritu de secta tan marcado, sustituyen de tal manera la disciplina por la obediencia, vician a sus afiliados con un juego tan complicado de jerarquías, gradaciones, amiguismos, arbitrariedades, etc., y, sobre todo, crean tales dificultades a la confrontación libre de opiniones, que la lucha interna solo puede expresarse a través de zancadillas, corrillos, pactos ominosos y manejos oscuros. Estructuras así terminan por producir un militante condicionado, de mediocres aspiraciones y cuya audacia, valor y espíritu crítico se resuelve, a menudo, en una racionalización forzada de las verdades, valores e intereses del partido. En realidad, abundan modelos organizativos que, no importa sus reclamos ideológicos, devienen modelos en escala reducida del mismo “sistema” a cuya destrucción dicen aspirar. En realidad, existen organizaciones revolucionarias que parecen solo preparadas para adueñarse del aparato del estado existente con el objeto de “ponerlo en marcha para sus propios fines”.

Sin embargo, sobran ejemplos de cómo la falta de calidad revolucionaria de organizaciones dadas, tiene bastante poco que ver con su posible eficacia política. Es decir, esta especie de temprana burocratización de estructuras y de cuadros no tiene por qué afectar demasiado su eventual participación exitosa en la lucha política.

16.- En resumen, la creciente duda sobre la eficacia política de la mayoría de las organizaciones existentes, y la nueva aprensión sobre la calidad revolucionaria de todas ellas, fueron fundamentalmente nuestra renuencia a militar. Sin embargo, como la tendencia en todos nosotros apuntaba a cualquier parte, menos hacia la despolitización, la inhibición o la desesperación, entonces es evidente que tenemos que considerar estos problemas en sentido positivo, o, lo que es lo mismo, tenemos que intentar aclararnos la significación política de nuestra práctica actual.

17.- El problema se nos plantea así: por donde quiera que se examine el asunto, parece que la llamada cuestión de “la vanguardia” es un prerrequisito para cualquier empresa política seria. Es decir, parece que el movimiento popular solo puede resolver sus problemas actuales, en conjunto y de manera definitiva, en un nivel político. Y solo puede aspirar a que sus luchas tengan significación y peso a ese nivel, en la medida en que resuelva el problema de la vanguardia. Por lo menos esa es la conclusión que con más facilidad se extrae, del examen de las grandes movilizaciones sociales de nuestra época, tanto de las que

produjeron profundas e irreversibles transformaciones como de las que se resolvieron en simples aunque gigantescas conmociones.

La conclusión parece ser entonces que, si no concebimos una manera diferente a la política de resolver en serio los grandes problemas nacionales y sociales, y si, al mismo tiempo, ninguna de las organizaciones actuales nos satisface lo bastante, lo honesto, lo consecuente, es intentar una nueva organización. Sin embargo, no fue este el camino que escogimos, no es tampoco el camino que escogemos, ni es, desde luego, el camino que proponemos.

18.- Si todo el problema fuera el asunto de la eficacia, si creyéramos, por ejemplo, que las organizaciones existentes no son políticamente efectivas y, con razón o sin ella, supusiéramos que una agrupación determinada sí lo sería, entonces resultaría absolutamente lógico que ayudáramos, estimuláramos y, en definitiva, participáramos en la formación de esa nueva agrupación, ahora sí, eficaz. Pero hemos tratado de explicar que la eficacia política, si bien necesaria, indispensable, no resulta por sí misma suficiente para comprometer a satisfacción plena todo el esfuerzo.

Por ejemplo, durante los años sesenta, toda nuestra complicación se reducía a resolver el problema de la eficacia de nuestra política. Tomando el asunto en serio, discutíamos y estudiábamos grandes ejemplos de solución exitosa de los problemas de la lucha política, y también grandes ejemplos de empresas políticas derrotadas. Fue una moda (por lo demás, muy útil entonces y ahora) de esos años estudiar la liberación argelina, la lucha yugoeslava, la Revolución china y, también, la derrota griega, la pérdida de la República española, etc. Tratábamos de descubrir los elementos de aplicación universal que hicieron posible, en unos casos, la victoria política y que, en otros, explicaban la derrota. Fue común en ese entonces, el estudio de las contadas experiencias revolucionarias políticamente exitosas.

Pero hoy es evidente que eso no basta. Hoy sabemos de la existencia de diversas organizaciones políticas populares que, desde el punto de vista de los resultados de sus respectivas luchas por el poder político, tienen méritos equiparables, pero que desde el punto de vista de su acción revolucionaria ulterior difieren notablemente. Dicho de otra manera, en varios casos conocidos, tan ejemplar y aleccionadora es la suma de habilidad, audacia, sentido de la oportunidad, cálculo y manejo de la correlación de fuerzas, etc., en la lucha por el poder, como decepcionante ha resultado después la gestión administrativa estatal, la participación en la revolución social ininterrumpida, la continuación de la lucha social en condiciones de gobierno popular, la ampliación de la nueva democracia, la profundización de la conciencia popular, la resistencia a las tendencias burocráticas, degenerativas y regresivas, etc. Pareciera, en suma, que varias de las transformaciones políticas que, en su hora épica, concitaron con justicia la admiración de todos, se les pudiera luego saludar con las premonitorias palabras que usó un general mexicano para festejar el triunfo revolucionario en su país: "Ahora que la Revolución degeneró en gobierno...".

19.- Nos encontramos, pues, que paralelo al estudio de los procesos revolucionarios propios y extraños, de ahora y del pasado, debemos adelantar el conocimiento específico sobre las vanguardias revolucionarias, sobre aquellas organizaciones populares propias y extrañas, de ahora y del pasado, que resultan aleccionadoras.

Incidentalmente, es significativo señalar el notorio y renovado interés sobre este asunto: en los años sesenta, por ejemplo, la dirección del interés fundamental de los activistas políticos provocaba el éxito de libros como los que trataban las enseñanzas de la insurrección de Moscú, los escritos sobre la guerra prolongada, los opúsculos del Che sobre la lucha guerrillera, los relatos y descripciones de la Revolución argelina, etc. Incluso de la agotada antología de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la guerra de guerrillas, se hizo una reedición en Venezuela. Ahora, por el contrario, son los materiales sobre la cuestión general del “partido” los que están más cerca de la necesidad de información de los activistas: nuevamente de “*¿Qué hacer?*”, los materiales sobre el partido, sobre la lucha de opiniones, sobre las contradicciones en el seno del pueblo, de Mao, etc., incluso del ensayo de Lucio Magri y M. Johnstone sobre las ideas de Marx y Lenin sobre el partido, se ha hecho una reedición en Venezuela.

Ahora bien, ya al considerar, en los años sesenta, las luchas políticas exitosas, nos impresionaba la reducida cantidad de ellas. De los muchos ejemplos de lucha popular, eran bastante pocos los que culminaban con el triunfo y, por consiguiente, todas nuestras búsquedas y discusiones se agotaban en una decena escasa de ejemplos válidos de eficacia política. Ahora la consideración sobre la calidad revolucionaria de las vanguardias trabaja, a nuestro juicio, sobre un conjunto igualmente reducido. Resultan pocas (o, al menos, nosotros conocemos pocas) las organizaciones revolucionarias que sean punto de referencia en este sentido, en el sentido de la calidad revolucionaria. Son pocas las que entusiasman por su régimen interno, por su frescura, creatividad, relaciones con las masas, sensibilidad ante ellas, firmeza en los principios. Son pocas las que, en sí mismas, presentan una prefiguración satisfactoria de una eventual gestión estatal. Son pocas, en fin, las que pueden ostentar el raro y noble título de conciencia de su época.

Dicho de otra manera, existen poderosas organizaciones que concitan, en los medios revolucionarios, cierta desconfianza acerca de si todo su poderío las hará algún día con el poder político. Pero, visto desde otro ángulo, el acartonamiento, el dogmatismo, la rigidez burocrática y el punto de vista estrechamente administrativo de que hacen gala sus inamovibles estructuras dirigentes, deja lamentablemente abierta la discusión sobre si su aparente incapacidad para tomar el poder es, en definitiva, un reproche que debemos o no hacerles. Lo que quiere decir que la afirmación, hecha originalmente por publicistas franceses y repetida recientemente aquí en una de las charlas del Ateneo, de que “el peor de los socialismos es preferible al mejor de los capitalismo”, no es una verdad tan evidente. Después de todo hasta Birmania se proclama socialista.

20.- Desde luego, una consideración específica sobre el tema debe evitar la trampa de considerar como vanguardias satisfactorias solo aquellas que triunfaron. Creemos, por ejemplo, que al tratar el asunto no se pueden dejar de lado organizaciones como la I Internacional y la Liga espartaquista, a pesar de que la primera se propuso dirigir la revolución en Europa y es un hecho que no logró hacerlo, y la segunda se frustró en el empeño. En este sentido, es defendible la preferencia de compartir un fracaso en buena compañía a la de participar en muchos gabinetes reales o *in petto*.

21.- En todo caso, si la calidad revolucionaria no supone de suyo la eficacia política, tampoco la excluye. En este sentido, organizaciones como el Partido Bolchevique, el Comunista chino, el vietnamita, son defendibles en bloque y la historia de su construcción es un capítulo obligado en la formación de cualquier revolucionario.

22.- Organizaciones como estas se nos presentan siempre como agrupaciones libres de revolucionarios. Organizaciones donde las indispensables limitaciones a la libertad del militante devenían, paradójicamente, conquista, afirmación y prueba de esa libertad. Y esto no solo en el sentido de que esas limitaciones eran voluntariamente aceptadas sino, además, en el sentido de que ellas fueron siempre el resultado de la conciencia de su necesidad. Así, por ejemplo, el centralismo democrático leninista, que se nos presenta siempre (y que, con ese nombre o sin él, funciona con ligeros cambios en todos los partidos venezolanos)⁵ como una receta, como un prerrequisito axiomático, no fue en el partido bolchevique el alfa de su acción, sino, al contrario, una conquista, un resultado de un cierto momento en el desarrollo de la organización. Las soluciones organizativas fueron siempre, en organizaciones como las citadas, síntesis de las experiencias en la construcción de la vanguardia y, en ningún caso, decisiones puramente administrativas de cenáculos dirigentes. Síntesis logradas a través de discusiones francas, a menudo duras y siempre muy amplias. Basta ver, por ejemplo, los cambios introducidos en los nuevos estatutos del PC chino y la influencia evidente y, por lo demás, expresamente señalada, de la revolución cultural y de la crítica masiva en ellos.

23.- La diferencia evidente entre organizaciones revolucionarias como las citadas, y los partidos de la izquierda venezolana, está sin duda en el fondo del permanente estado de postración de estos, de su escasísima capacidad de movilización y de esa situación de desconfianza que, por parte de las masas, rodea a menudo la acción de sus cuadros (esta situación la conocen sobre todo los cuadros de base,

⁵ Solo formalmente, desde luego. Es decir, abstracción hecha de su finalidad.

los que más directamente tienen que representar al “partido”). Tal diferencia es la que le da sentido al considerable rechazo del cuadro político organizado, por parte del movimiento popular. Hemos intentado antes destacar que este rechazo, lejos de coincidir con un estado de despolitización o de depresión del movimiento de masas, es, al contrario, el rasgo más notable de la recuperada vitalidad de este.

En los últimos años, la quiebra de las organizaciones tradicionales ha extendido la convicción sobre la existencia de un profundo vacío de dirección revolucionaria. Es un hecho que esa convicción se ha sentido —y se ha expresado— de distinta manera en el seno del movimiento de masas y en el interior de las organizaciones tradicionales mismas. En estas últimas, se ha enfrentado el problema, por un lado, con esfuerzos a menudo patéticos por renovar el lenguaje y, sobre todo —muy a la moda—, por un tardío nacionalismo. Por otro lado, los menos ingenuos en materia de posibles resurrecciones políticas, los más sensibles a lo que juzgan el espíritu de los tiempos y los más avisados sobre los chances del evidente deterioro del conjunto institucional, han abordado el problema por la vía de las soluciones “nuevas”. En los últimos años, todas las organizaciones tradicionales —incluidas algunas de corta y hasta reciente “tradición”— han dado origen, de su seno y con su gente, a nuevas y hasta novedosas organizaciones que “ahora sí”, garantizan la idoneidad de la conducción popular.

Invariablemente, la creación de estas nuevas organizaciones ha sido un acto puramente administrativo, sujeto siempre al siguiente inmutable guión: un grupo, más o menos numeroso, de exmilitantes de un partido dado, deciden —al no más romper con este— celebrar una reunión en que, paradójicamente se hacen esfuerzos porque se desarrolle en el cuadro de la legalidad partidista rechazada; es decir, paradójicamente, al reunirse para constituir, aplican sus esfuerzos a que la reunión sea lo menos constituyente posible. Allí, en ese punto muerto entre la inercia y la iniciativa, aprueban un programa, unos estatutos y una estructura jerárquica. Inmediatamente, se aprueba una declaración política al país que tiene, siempre y en todos los casos, el sentido siguiente: al fin, Partido Habemus. He aquí el Partido que esperábamos. Conócelo. Reconócelo. Afíliate. Milita. Confía en él, etc. A partir de su fundación, toda la llamada construcción del partido se limita, simplemente, a hacerlo crecer.

Una regla invariable, en la fundación del nuevo partido, es una serie de pactos y arreglos ominosos dirigidos a conservar las jerarquías disidentes y no, por cierto, por lo que tengan de disidentes, sino por lo que tenían de jerarquía. Y todo, claro, en nombre de la unidad, en nombre de las necesidades de la cohesión.

De todos estos arreglos, ninguno más constante en todas las divisiones, que el dirigido a ignorar el pasado. No a acomodar y hermohear el pasado, según las necesidades del presente (por más cuidado que se ponga en tan difícil tarea, siempre se arriesga la rotura de los techos de vidrio, y conservarlos intactos es precisamente la base del arreglo), sino a ignorarlo, simplemente. Dada la agitada y comprometedor política venezolana, durante el último decenio este celo por el pasado va dirigido, en primer lugar, a las cuestiones de ese período y, dada la desigual y a veces encontrada participación de los disidentes en la crisis del partido matriz, los inevitables manejos fraccionales a que se halla reducida la

lucha interna en nuestras organizaciones políticas, etc., este celo por el pasado va dirigido, también, a la génesis del nuevo partido, a la crisis del partido matriz.

De esta manera, sigue ocurriendo que las peores tradiciones se conservan, continúan y hasta se fortalecen. No porque no se hable de él, el pasado deja de existir, pero el conocimiento acabado del mismo se mantiene confinado a los que lo vivieron, pasa a ser un arcano de iniciados. En otras palabras, la experiencia política que es, por lo demás, uno de los ingredientes fundamentales de la formación política, se convierte en uno de los más importantes factores para la perpetuación de esas inamovibles y curiosas castas jerárquicas, que hacen de la condición del dirigente político venezolano una especie de profesión inmutable y vitalicia. Así, por ejemplo, nadie mejor emplazado para intentar la crítica del decenio adeco, que los dirigentes del MEP; sin embargo, es un hecho que nadie parece estar menos dispuesto que ellos para emprenderla. En tal ambiente, es perfectamente natural que se desarrollen nuevas sacralizaciones y nuevos condicionamientos. Es perfectamente natural que el partido devenga, de nuevo, un fin en sí mismo.

24.- En todo caso, parece que no hubiera una forma distinta de resolver el problema de la vanguardia, que imaginarla como el inicio y el fin del movimiento popular, como su alfa y omega. Fundamos el partido —y a partir de ese acto por medidas administrativas que resuelvan la distribución de los cuadros “YA DETERMINADOS”, la “penetración” en sectores que se juzgan fáciles o importantes, por iniciativas efectistas de propaganda, etc.— aspiramos a la formación de un movimiento de masas que nos crea, nos apoye y nos siga.

Y en la propia fundación damos todo tan acabado y resuelto que, al movimiento de masas y a la militancia de filas, en un alarde de participación a la moda y de modestia, también a la moda (por el estilo de declarar que “no monopolizamos la verdad”, etc.), le garantizamos, incluso estatutariamente, que su opinión será tomada en cuenta (lo que, desde luego, en sí mismo no significa nada, pero aparece como una tremenda concesión democrática), le garantizamos que podrá influir en la elaboración de nuestra política, en su práctica y eventualmente en su “enriquecimiento”; pero cuidándonos de que no pueda participar, aunque sea por la vía elemental del acceso a la información, en la composición de la vanguardia misma. Un mecanismo de esta clase creemos que conduce fatalmente a la recomposición de las roscas internas, al fortalecimiento del espíritu y de la práctica de círculos innominados y vergonzantes, a la elevación, en fin, del papel de los hombres y mecanismos del “aparato”.

Incidentalmente, es bueno señalar que estos aparatos, que en conjunto tienen un nítido perfil y un celoso espíritu de cuerpo, tienden a ser por dentro desdibujados y amorfos. Dirigentes hay, que al calor de ellos han llegado a ser tales, a quienes se les reconoce un no se sabe cuál oscuro poder para influir en las decisiones y manejos internos, pero de quienes pocos pueden presumir de haberles oído una opinión concreta sobre un asunto cualquiera. Estos aparatos coexisten con los que la jerga partidista llama “hombres de masas”. Cuadros de naturaleza distinta, con una concepción generalmente diferente y hasta opuesta sobre las implicaciones,

los deberes y el sentido de la vocación revolucionaria. Cuadros particularmente útiles cuando la política rebasa los moldes partidistas, cuando se trata de elecciones, asambleas, relaciones amplias, etc. Cuadros de este tipo son y se hace lo posible porque sean poco numerosos y de un *efectivamente* escaso poder de decisión en el conjunto del partido. Sin embargo, tienden a funcionar (a menudo para mal) como una especie de conciencia interna y como una piedra de tranca para las arbitrariedades y pequeñeces.

25.- Pero la construcción de la vanguardia consiente, en las condiciones venezolanas, otro tratamiento. Partiendo de que sin ella el movimiento popular no llegaría nunca, en su propio beneficio y con arreglo a sus propias metas, a participar de luchas políticas decisivas. Es decir, partiendo, al fin y al cabo, de la necesidad de la vanguardia pero, al mismo tiempo, previendo su probable envilecimiento podemos, sin embargo, intentar contribuir de otra manera a la solución de este problema, el más alto e importante, a nuestro juicio, del movimiento revolucionario actual.

26.- En efecto, si alguien puede concebir la fundación de un partido político como el comienzo de un movimiento revolucionario, ¿por qué es imposible imaginar la construcción de una organización política de avanzada, no como el comienzo, sino como el resultado de un movimiento revolucionario, en un cierto grado de su desarrollo?

¿Por qué no es posible que en una serie de activistas populares se acuerde la intención de alentar, en el curso de las múltiples prácticas de masas que diariamente realizan, las tendencias que eventualmente eleven el nivel de conciencia y organización de las masas?

¿Por qué no es posible que quienes están convencidos de la necesidad de elevar a un nivel político la asombrosa y espontánea capacidad de movilización de las masas, le den el contenido que supone esa convicción, a su diaria y permanente práctica en el seno de ellas?

¿Por qué no es posible participar en las infinitas y variadas formas del movimiento popular, con el deliberado propósito de completar el justo y extendido escepticismo sobre los partidos existentes, con una positiva confianza de que las masas pueden y deben resolver por sí mismas el asunto de su dirección política?

¿Por qué, en fin, un activista político está condenado, para que su acción tenga significación, a terminar militando en estructuras que íntimamente rechaza, con estilos, mentalidades y prácticas que no concitan su entusiasmo?

27.- Pues bien, de eso se trata. Lejos de partir de una estructura partidista ya dada y trabajar en consecuencia en su beneficio, confiamos en que el movimiento de masas pueda tomar en sus manos la tarea de producir, de su seno y bajo su observación y control, un nuevo liderazgo. Estamos convencidos de que la experiencia del movimiento apunta, cada vez más, en esa dirección.

Partimos de que la situación general del movimiento popular, su creciente politización y su extendido rechazo al cuadro político organizado crea no solo la necesidad, sino también la posibilidad para un esfuerzo por una organización política desde abajo.

Concebimos que la eventual cristalización de una actividad en el seno de las masas, con este expreso propósito, no es solo una tarea práctica, ni siquiera una pura tarea organizativa, sino que supone, además, y sobre todo, un esfuerzo conscientemente dirigido a buscar una base política común, un estilo político común, una apreciación política común. En este sentido, la tarea de la construcción de una vanguardia, genéticamente ligada al movimiento de masas, que se quiere surgida de su práctica y de su experiencia, es también una tarea de construcción ideológica. Paralelo y como parte del reconocimiento de los cuadros surgidos y probados en mil formas de actividad popular, conflictivas y ordinarias, se produce el descubrimiento y la concentración de las ideas revolucionarias. Este esfuerzo no puede ser otro que uno polémico, abierto y franco, donde hagamos lo posible y vigilemos porque la argumentación y la síntesis de la experiencia práctica sean los instrumentos del mismo. Sin embargo, nadie va en cero a una actividad que se reconoce tan francamente política, y así como la práctica de las masas preexiste a cualquier planteamiento político, de la misma manera las ideas preexisten a cualquier planteamiento de trabajo. Reclamar entonces una discusión cuya oportunidad está madura, iniciándola simplemente, es lo que le da sentido y destino a estas notas.

Haremos todo lo que podamos por lograr, en torno a ellas, un acuerdo sustancial entre un número significativo de activistas populares.

A. Maneiro
Julio de 1971